

OFICINA DE INFORMACIÓN
HOMILIA DEL SR. ARZOBISPO. 24 de diciembre de 2019

MISA DE MEDIANOCHE (del Gallo) 2019

“Venid, adoremos al Señor, que por nosotros ha nacido en Belén”.

Esta es nuestra exhortación y nuestra alegría; y yo quiero vivirla con vosotros y desearos una Feliz Navidad: ha nacido Jesucristo, está acostado en un pesebre, cuna humilde y sencilla. Pero *“de nada sirve reconocer a nuestro Señor Jesucristo como Hijo de la bienaventurada Virgen María y como hombre verdadero y perfecto, si no se le cree descendiente de aquella estirpe que en el Evangelio se le atribuye (...)”*.

(Está claro que) Para enseñar y justificar a los hombres, la omnipotencia del Hijo de Dios podía haber aparecido, por supuesto, del mismo modo que había aparecido ante los patriarcas y los profetas, es decir, bajo apariencia humana: por ejemplo, cuando trabó con ellos un combate (Jacob) o mantuvo una conversación, cuando no rehuyó la hospitalidad que se le ofrecía y comió los alimentos que le presentaban (...) Pero aquellas imágenes eran indicios de este hombre (Jesús) (...) Y, en consecuencia, ninguna de aquellas figuras era el cumplimiento del misterio de nuestra reconciliación, dispuesto desde la eternidad, porque el Espíritu Santo aún no había descendido a la Virgen María ni la virtud del Altísimo la había cubierto con su sombra, para que el Verbo hubiera podido y hacerse carne dentro de las entrañas virginales (...).

Pues de no haber sido porque el hombre nuevo, encarnado en una carne pecadora como la nuestra, aceptó nuestra antigua condición y, consustancial como era con el Padre, se dignó a la vez hacerse consustancial con su Madre y, siendo el único que se hallaba libre de pecado, unió consigo nuestra naturaleza, la humanidad hubiera seguido para siempre bajo la cautividad del demonio. Y no hubiésemos podido beneficiarnos de la victoria del triunfador (Jesucristo), si su victoria se hubiera logrado al margen de nuestra naturaleza” (San León Magno, Carta 31, 2-3).

Este es el verdadero significado de Navidad, imposible de ser captado ni celebrado por los que no conocen a Cristo por la fe ni por los que no lo quieren conocer a fondo; por desgracia, esto les ocurre también a muchos bautizados. En efecto, ¿qué es Navidad? Sencillamente recordar lo que nos dicen estas palabras de san Agustín: “Hombre, despierta: para ti Dios se ha hecho hombre. Tú estarías muerto para la eternidad, si Él no hubiera nacido en el tiempo”.

Y necesariamente la noticia de tal nacimiento produce en nosotros alegría en el alma: “Alegrémonos todos en el Señor, hoy nos ha nacido el Mesías, el Señor”. ¿Es ésta la alegría en todos los hogares, en nuestras calles y lugares de ocio? Me temo que no. Navidad, en muchos casos, es una excusa para alegrarse de otro modo. Ante este Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, que dicen que es Dios, caben dos posturas: o la indiferencia del menosprecio, o la adoración. Ambas actitudes se reproducen también hoy. Algunos, conocedores de lejos de la noticia de este Nacimiento, se quedan en sus casas y en sus cosas como

si todo les fuera ajeno; otros, y somos bastantes millones, nos acercamos con entusiasmo y lo adoramos, cantando aquel ***Gloria in excelsis Deo*** de la noche de Belén.

El acontecimiento de la venida al mundo del Salvador tiene en el evangelio de san Lucas este *Gloria a Dios en el cielo*, cantado por los ángeles. Es cántico que está incluido en el corazón mismo del misterio de Navidad. Hablo de misterio, pues ya san Agustín distinguía dos modos de celebrar un acontecimiento de la historia de la salvación: como *misterio* o como *simple aniversario*. En la celebración como aniversario no se requiere más –decía él– que “indicar con una solemnidad el día del año en la que tiene lugar el recuerdo del acontecimiento mismo”; en la celebración como misterio (*in sacramento*), “no sólo se conmemora un acontecimiento, sino que se hace también de forma que se comprenda su significado y se acoja santamente” (*Epístola 55, 1-2*).

Lo que nosotros celebramos esta noche es “el misterio de la natividad de Cristo” (*sacramentum nativitatis Christi*), lo cual lleva consigo, entre otras cosas, que “los hijos de la Iglesia han sido engendrados con Cristo en su nacimiento, como fueron crucificados con Él en su pasión y resucitados con Él en su resurrección” (San León Magno, *Sermón VI de Navidad, 2*). ¡Ahí es nada! Estupenda celebración que os hace cantar: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”.

Se trata de una expresión de confesión y de alabanza de lo que nos ha sucedido, no de un simple deseo, como tantas veces nos deseamos unas felices pascuas, un buen viaje, una buena salida y entrada de año. En otras palabras, los ángeles, con su canto, expresan el sentido de lo que ha acontecido y declaran que el nacimiento del Niño realiza la gloria de Dios y la paz para los hombres. Si no se acepta su nacimiento, no habrá esa paz, pues, como dice Simeón: “Este Niño está puesto para caída y resurrección de muchos” (Lc 2,34).

Así que la palabra clave para comprender el sentido de la proclamación angélica es la que cierra el himno o cántico, que engloba todo el misterio insondable de la “voluntad buena” de Dios. La Navidad no es una llamada a la buena voluntad de los hombres y mujeres, sino un anuncio gozoso de la buena voluntad de Dios para con los humanos. Él nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos “según el *beneplácito* de su voluntad”; nos ha hecho conocer el misterio de su voluntad, según había preestablecido “en su benévolo designio” (Ef 1,59).

Navidad es la suprema epifanía del amor de Dios: se ha manifestado la bondad de Dios y su amor a los hombres, porque nos ha dado dones, pues nos ama, y, además, ha sufrido por nosotros, sus amados. La pregunta es, pues, ¿Por qué Dios se ha hecho hombre? Es la pregunta de todos los siglos del cristianismo. ¿Cómo es posible? ¿Por qué ha hecho Dios esta locura?

El problema que tenemos ante nosotros, reduciéndolo a lo esencial, es, pues, éste: ¿Cómo ha obrado Dios al encarnarse su Hijo? ¿Para sí o para nosotros? ¿Por interés o por amor? La respuesta que viene de la Palabra de Dios y de la Tradición es que la Encarnación es para la gloria de Dios, pero esta gloria no consiste sino en amar al hombre. “La gloria de Dios –decía san Ireneo– es el hombre vivo”, es decir, consiste en que el hombre viva, que sea salvado. Como

también decimos: “Te damos gracias por tu inmensa gloria”. ¿Por qué dar *gracias* a Dios por su *gloria*, si no fuera porque se intuye que dicha gloria es también para nosotros, a favor nuestro? En nosotros, que somos malos, actuar “para nosotros mismos” es egoísmo grande, pero en Dios que es amor, actuar “para sí mismo” es, necesariamente, sumo amor hacia nosotros.

La gloria de Dios está en dar aquello que, para el hombre y la mujer, es recibir salvación. Dios es definido en la Biblia como *agapé* (1 Jn 4,8); su amor es amor de donación, no de búsqueda. ¿Cómo explicar, si no, que Jesús diga: “Hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20,35)? Navidad no es, por esta razón, sólo la fiesta de la alegría de los hombres, sino también la fiesta de la alegría de Dios.

Podemos decir, sí, alégrese el santo, regocíjese el pecador, en esta fiesta de Navidad. Pero podemos exclamar igualmente: ¡alégrese también Dios Padre! “Regocíjese en sus obras el Señor” (Sal 104, 31). Alégrese el Señor porque sus obras han alcanzado su pleno cumplimiento. Todas las criaturas, también nosotros, han adquirido ante Dios un nuevo esplendor porque a ellas vino su Hijo que es el “resplendor de su gloria e impronta de su sustancia, el que sostiene todo” (Heb 1,3).

Después de haber contemplado la “buena voluntad” de Dios para con nosotros, ¿cómo no imitar el misterio que celebramos? Pero eso significa abandonar todo pensamiento de tomar la justicia por nuestra mano, olvidar cualquier recuerdo de ofensa recibida, borrar del corazón todo tipo de resentimiento, incluso aquel que se cree justo. No admitir voluntariamente ningún pensamiento hostil contra nadie: ni contra los que están cerca ni contra los que están lejos. Y hacer esto para honrar la Navidad del Señor, porque Él no ha guardado rencor, no ha mirado la ofensa recibida, no ha esperado a que los demás dieran el primer paso. ¿Estamos dispuestos a hacerlo? De lo contrario, ¿cómo presentarnos en el Portal a adorar al Niño Dios?

Jesús nació de la Virgen por todos los hombres, buenos o malos; pero, de la misma manera que el que cierra las ventanas de casa rechaza la luz del sol, así también quien se vuelve de espaldas al Sol de justicia, Jesucristo, Señor nuestro, no puede contemplar su esplendor y él mismo se convierte en causa de su propia ceguera. Abre, pues, de par en par, tus ventanas al Verbo de Dios para que ilumine toda la casa y puedas contemplar el Sol de justicia que nace para ti” (San Ambrosio, *In psal. 118*).

Dios nos concede, un año más, celebrar las fiestas de Navidad. Mientras nosotros gozamos de la alegría de estos días, muchos hermanos nuestros sufren (pobreza material, angustias morales, guerras, destierros, migración no querida, falta de visión de lo que va a venir). También muchos de nosotros sufrimos en el cuerpo enfermedades, ancianidad, o en el espíritu dudas, angustias, lejanía de que los nuestros o nuestros amigos ya no piensan como pensaban antes. Abramos, pues, de par en par los ojos de nuestra fe; alegres y confiados esperemos los dones que Dios nos promete y oremos también por todos los hombres contemplen la salvación y consigan como nosotros la transformación de la humanidad inaugurada por el nacimiento de Cristo y culminada por la resurrección del que es el Primogénito de entre los muertos, resurrección que este año celebraremos con



alegría la Noche Santa de Pascua, el próximo día 12 de abril de 2020. Feliz Navidad para todos.

✠Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España